

# Las configuraciones vinculares en tiempos del amor líquido

Bettina Calvi<sup>1</sup>

## Resumen

El presente trabajo surge de la investigación realizada sobre una población que incluye dos tipos de muestras: la representada por mujeres (entre 30 y 50 años) alojadas en un albergue para víctimas de violencia familiar y la representada por pacientes mujeres y varones entre 30 y 50 años de edad que concurren a consulta psicológica privada. La investigación analiza los nuevos modos que adquieren los vínculos amorosos en la actualidad. A partir del análisis de la época se despliegan los modos de producción de subjetividad vigentes y el impacto de los mismos en la constitución de los vínculos amorosos. Se plantea la vigencia del mito del amor romántico en la subjetividad femenina y el impacto de la crisis de la institución matrimonial en la subjetividad masculina. Se exploran las categorías de fugacidad y levedad, junto con la concepción del tiempo como algo instantáneo y de los sujetos como objetos de consumos sustituibles e intercambiables. Se concluye señalando el impacto que las profundas mutaciones histórico-sociales provocaron en los lazos que se establecen con el semejante y particularmente en las relaciones amorosas.

**Palabras clave:** vínculos amorosos, mito, subjetividad, crisis, época.

## Abstract

This work is the result of a research carried out on a population that includes two types of samples: 1. women between 30-50 years of age that assist to a shelter for family violence victims; and 2. male and female patients between 30-50 years of age that assist to private psychological support. The research analyzes the new ways in which relationships are started nowadays. Out of an analysis of present times, the ways in which the current subjectivity production together with their impact on the

---

<sup>1</sup> Doctora en Psicología, psicoanalista, egresada del Programa Post-Doctoral en Estudios de Género UCES. Docente e investigadora de la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de Rosario (UNR). Actualmente se desempeña como docente de posgrado en la Carrera de Especialización en Psicología Forense de la Facultad de Psicología de la UNR; en la Carrera de Especialización en Derecho de Familia de la Facultad de Derecho de la UNR y en la Carrera de Especialización "Infancia en las Instituciones" de la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de Mar del Plata. [bettinacalvi@hotmail.com](mailto:bettinacalvi@hotmail.com)

constitution of relationships are displayed. The relevance of the romantic love myth in female subjectivity and the impact of the crisis of the institution of marriage in male subjectivity are considered. The categories of fleetingness and lightness together with the concept of time as something instantaneous and of the subjects as consumption objects that can be substituted or interchanged are explored. Conclusion is reached pointing out that the deep historic-social mutations caused to bondages established with their fellows and particularly in love relationships.

**Keywords:** bonds of love, myths, subjectivity, crisis, present times.

## **Resumo**

O presente trabalho surge da pesquisa realizada sobre uma população que inclui dois tipos de amostras: a representada por mulheres (entre 30 e 50 anos) pertencentes a um albergue para vítimas de violência familiar e a representada por pacientes mulheres e homens entre 30 e 50 anos que assistem a consulta psicológica privada. A pesquisa analisa os novos modos que adquirem os vínculos amorosos na atualidade. A partir da análise da época, desdobram-se os modos de produção de subjetividade vigentes e o impacto deles na constituição dos vínculos amorosos. Apresenta-se a vigência do mito do amor romântico na subjetividade feminina e o impacto da crise da instituição matrimonial na subjetividade masculina. Exploram-se as categorias de fugacidade e leveza, junto com a concepção do tempo como coisa instantânea e dos sujeitos como objetos de consumo substituíveis e intercambiáveis. Conclui-se salientando o impacto que as profundas mutações histórico-sociais provocam nos laços que se estabelecem com o semelhante e particularmente nas relações amorosas.

**Palavras-chave:** vínculos amorosos, mitos, subjetividade, crise, época.

Actualmente nos encontramos confrontados con los efectos en el psiquismo que han provocado las transformaciones de la época. Época que resulta deslumbrante y atemorizadora a la vez, donde la tecnología abre un mundo insospechado hace veinte años atrás dejando al descubierto cómo la miseria de muchos convive con el poder ilimitado de unos pocos.

Tal vez la fugacidad, el “descompromiso”, el miedo a la cercanía del otro humano, deba ser leído en relación a las paradojas no solo de la época sino también, y fundamentalmente, de la historia que le dio origen. Una historia donde la noción de semejante ha sido severamente afectada. Así, encontramos con frecuencia en la clínica la narración de episodios que, pareciendo aludir a encuentros amorosos, nos muestran un vacío en torno a ellos.

Tal como el sociólogo alemán Zygmunt Bauman (2005) afirma, esta época refuta la solidez y la durabilidad de las emociones y los sentimientos. Lo sólido resulta insoportable y las leyes de la economía de mercado exigen liquidez, velocidad y no estar atado a demasiado compromiso. Dentro de la economía de mercado se enfatizan los atributos de los objetos y su funcionamiento. De todos modos la oferta es muy grande

y nada es para siempre. Incrustadas estas leyes en la subjetividad también amores y objetos de consumo quedan homologados.

Silvia Bleichmar (2006) planteaba que el desencanto implica sufrimiento, pero es una manera de estar vivo, aunque defendiéndose. Esas defensas muestran sus singularidades subjetivas cada vez más floridas.

Si el registro del otro humano se sostiene en una ética universalista que tiene su punto de partida en que todo individuo que puede reconocerse a sí mismo humano, es humano y por ello reconoce al otro del mismo modo. Entonces, reducir el narcisismo a un egoísmo autoconservativo por definición, es perder de vista que en él está el origen del amor y el odio, de la relación primera al semejante y su identificación al otro como parte de la especie humana.

Este registro del otro como semejante, parece estar profundamente afectado, y este parece ser uno de los “males de la época”. Ahora bien, la clínica nos muestra que en cada género esto produce marcas singulares.

La subjetividad masculina se presenta en crisis. Es decir, en una profunda conmoción de lo que fueron sus paradigmas de base. A partir del derrumbe de la institución matrimonial tradicionalmente establecida, se abre una situación nueva para ambos géneros: la separación conyugal y sus efectos.

Los varones experimentan las separaciones matrimoniales como un profundo fracaso a partir del cual les resulta muy difícil construir otro proyecto. Entonces solo pueden volver a relacionarse acorazados en el enunciado “no quiero compromisos”. Enunciado que aparece frente a cada nueva relación, poniéndolos a cubierto de semejante peligro.

Así, las mujeres son convocadas por ellos a invocar también el conjuro: “Vivamos el momento, sin compromisos”. Una vez que el conjuro se invoca, habrá que probar en acto su materialidad. Es decir las mujeres no deberán realizar llamados ni mensajes frecuentes que podrían ser interpretados como una actitud invasiva de una voracidad arrolladora que intenta asfixiarlos distanciándolos de los únicos valores que les siguen funcionando como referentes: los hijos, el grupo de amigos, de pares y generalmente el fútbol.

Las mujeres, por su parte, están “desencantadas”; en algún tiempo remoto de la infancia y entre los apasionados avatares de la adolescencia, creyeron en el príncipe azul. Pero como bien dijera la humorista Gabriela Acher: *“Los príncipes azules se han desteñido y hoy en lugar de mandar flores dicen ‘Nos vemos’”*. Entonces, las mujeres de hoy se encuentran ante la múltiple exigencia de romper con el mito del amor romántico en el que han sido educadas y esto es como aprender a hablar un nuevo idioma. Un idioma donde se deberán cuidar celosamente los giros discursivos, la fonética y complejidad metafórica de cada enunciado. Es decir que deben tener un exhaustivo control de su afectividad, intentar un modo de acercamiento que

difícilmente sea espontáneo y todo esto contribuye a la banalización y a la liquidez en el contacto con el otro.

## **El mito del amor romántico**

El mito del amor romántico se sostiene sobre la idea de que el amor consiste en la búsqueda de la otra mitad. Idea que no es nueva ya que si nos remitimos a *El banquete* de Platón<sup>2</sup> (diálogo íntegro dedicado a la alabanza de Eros, Dios griego del amor) encontraremos el mito del andrógino que les relata Aristófanes. Lo que allí se dice es que en un principio habitaba la tierra un ser esférico completo que reunía en sí ambos sexos, que cierto día Zeus decide la división de estos seres en dos mitades para evitar así que le disputaran el poder de los cielos.

Sin embargo, al parecer, el castigo no fue efectivo porque las mitades tendían a reunirse por el influjo de una poderosa fuerza que los atraía hacia su primitivo estado. *“Y la razón de ello reside en que la naturaleza humana era originariamente una y el hombre era un ser completo e íntegro; y el deseo que persigue aquella integridad es llamado precisamente amor...”*<sup>3</sup>.

Ante esto, podríamos preguntarnos: ¿Qué es lo que cada uno desea del otro?

Sabemos que las personas imaginan el encuentro con aquella persona que los complete, la llamada media naranja, alma gemela, el amor verdadero, pero, una vez encontrado, surgen los conflictos. Conflictos que son inherentes al mismo funcionamiento psíquico e intersubjetivo; dependerá entonces de la tramitación de los mismos el futuro de ese vínculo.

Recordemos que el amor romántico nos planteaba un desarrollo lineal: el deseo de encuentro, el encuentro y la felicidad para siempre, tal como se muestra en los cuentos infantiles, por ejemplo: Cenicienta, La Bella Durmiente, Blancanieves, por nombrar algunos. También existen historias de amor que unen amor y muerte en el final; encontramos un célebre ejemplo de ellas en la historia de Romeo y Julieta de Shakespeare, que plantea un amor obstaculizado hasta lo imposible que culmina en una unión que los eternizará<sup>4</sup>. En algunos casos de parejas donde el hombre ejerce violencia sobre la mujer, y ella decide separarse, subsiste no obstante la idea de un amor idealizado que en otro tiempo fue absolutamente distinto del desenlace trágico que la obligó a romper el vínculo. Si volvemos a Freud para pensar la problemática de la elección de objeto, veremos que ya que el primer objeto de amor es la madre, todo hallazgo posterior del objeto no es otra cosa que un intento de reencontrar el objeto primario de amor perdido. Así, la elección por el objeto amado actual no ha sido realizada de otra forma más que siguiendo el arquetipo materno (madre nutricia en el mejor de los casos para el

---

<sup>2</sup> “Discurso de Aristófanes”, en *El banquete*, Buenos Aires, Cuadrata, pág. 74.

<sup>3</sup> Idem, pág. 74.

<sup>4</sup> Cuentos de hadas. Fórmula conocida que anuncia el final del cuento.

varón) o el arquetipo paterno (padre protector para mujeres que aman según este modelo). A este tipo de elección de objeto de amor, Freud la llama “apuntalamiento”<sup>5</sup>.

Resulta, entonces, necesario perder el objeto de amor primario para hallar posteriormente otro.

Es decir que no habría un objeto de amor que vendría a colmar exactamente ese vacío, completándonos. El objeto es buscado siguiendo un modelo determinado por nuestras propias vivencias infantiles. Podríamos decir que así plantea Freud la falta de permanencia en la elección de objeto en la vida amorosa de los seres humanos. El encuentro se produce con objetos que evocan en algún rasgo al primer objeto pero con los cuales no puede alcanzarse la satisfacción plena.

Sin embargo, Freud también señala otro modelo de elección de objeto, diverso al del apuntalamiento que refiere es referente a las personas que eligen según el modelo de su propia persona. A este tipo de elección de objeto Freud lo llamó narcisista. *“Todo ser humano tiene abiertos frente a sí ambos caminos para la elección de objeto, pudiendo preferir uno o el otro. Decimos que tiene dos objetos sexuales originarios: él mismo y la mujer que lo crió...”* (Freud, 1914).

Resulta interesante comentar aquí la comparación que hace Freud entre el hombre y la mujer al respecto. Plantea que el pleno amor de objeto según el tipo del apuntalamiento es característico del hombre. El enamoramiento típico del varón que consiste en ver una exagerada perfección del objeto amado, esto se acompaña con un sentimiento de empobrecimiento del valor del propio yo. Sin embargo, Freud aclara que ambos sexos pueden adoptar cualquiera de los dos tipos.

Para la mujer, especialmente cuando ella es particularmente hermosa, el tipo de elección que prima es el narcisista. Tales mujeres, dice Freud, solo se aman en rigor a sí mismas, con intensidad pareja al hombre que las ama. Es decir que se genera una escena donde el objeto amado posee algo de lo cual el amante carece. Es algo que en el otro despierta nuestro amor, nuestro deseo. Es algo que el otro tampoco sabe bien que es, no sabe por qué es amado, cual es el valor que posee. Es algo que siempre escapa y quizás por eso mantenga vivo al deseo.

Sin embargo, a la hora de amar, no siempre amor y deseo se unen en un mismo objeto. Freud afirma que el hombre se siente limitado en su quehacer sexual por el respeto a la mujer, y solamente desarrolla su potencia plena cuando está frente a un objeto sexual degradado. De ahí la necesidad de degradar a la mujer para acceder a la satisfacción con ella. La satisfacción plena, entonces, solamente se alcanza con un objeto sexual degradado. Así amor y deseo podrían ir de la mano.

---

<sup>5</sup> Freud, S. (1914), “Introducción del narcisismo”, en *Obras Completas*, Amorrortu Editores, pág. 84.

Para la mujer, en cambio, dirá Freud, la condición del deseo quedará ligada a lo prohibido. Que lo prohibido enciende el deseo es algo que no solo debe pensarse en relación con lo femenino sino más bien como regla general del deseo. La separación entre el objeto de amor y el objeto de deseo no hace otra cosa que preservar al deseo en otro lado. El peligro de unirlos en un mismo objeto, radica en la posibilidad de extinguir el deseo y con él el amor. Entonces, en la medida en que se encuentra un objeto de amor, el amor se pierde. Separarlos parecería ser una forma de conservar el objeto de amor.

### **¿La caída del mito?**

El mito del amor romántico, que poblara tantas páginas de la literatura, ha caído. ¿Pero es esto cierto? ¿En realidad ha caído como ordenador de género? ¿La media naranja, el príncipe azul han dejado de vivir incluso en algún oscuro rincón de la mente femenina? Esta curiosa epistemología que postulaba que la esencial incompletud femenina sería suturada por algún varón (no cualquiera sino el indicado) ¿ha caído en realidad?

Marie Langer, en una entrevista realizada por Lola Díaz para la Revista *Cambio 16*, afirmaba que el amor romántico tiene un lugar exagerado en la vida de una mujer. Sostenía que la mujer suele sufrir de lo que ella denominaba el complejo de Penélope, cuya figura prototípica es esa mujer en espera, continuamente al lado del teléfono, tejiendo y destejiendo fantasías: “¿me llamará?”, “¿no me llamará?” “¡Ah!, pero me lo prometió”, “Bueno, finalmente llamó”. Pero no hay solución de continuidad porque aunque llame, el drama se volverá a repetir: después de la llamada todo vuelve a empezar. Penélope recomienza a tejer y destejer.

M. Langer planteaba que no se trata de que el inconsciente esté estructurado de forma diversa en el hombre y en la mujer sino de que los contenidos que en él se encuentran sí son diversos. Afirmaba que las mujeres hemos introyectado durante tantos milenios las leyes patriarcales de la sociedad que, aunque conscientemente digamos que tenemos los mismos derechos y los mismos deberes que los hombres, inconscientemente seguimos dando preferencia al hombre: incluso las mujeres más progresistas seguimos valorando inconscientemente más al “macho” y confiamos menos en nuestra cabeza que en nuestros encantos femeninos.

Según la autora, las actuales corrientes de liberación de la mujer en las sociedades modernas entran en conflicto con ese inconsciente ancestral y retrógrado que, toda mujer lleva encima; pensemos que antes las mujeres estaban limitadas al hogar y a los hijos, pero no lo cuestionaban. Ahora la mujer se cuestiona aspectos de su vida y eso recrudece el conflicto. Sin embargo, no hay que olvidar que esas alternativas que tienen actualmente las mujeres están determinadas por la clase social a la que pertenecen. Si la mujer es pobre, su principal alternativa es la supervivencia. Para elegir un estilo de vida hay que pertenecer a la clase media. No es nada casual que los movimientos feministas surjan de la clase media, una clase con capacidad de elección.

Langer sostenía que las mujeres de clase media que acuden al psicoanalista tienen dos tipos de conflictos: las que trabajan y, además, están casadas y tienen hijos

se sienten desgarradas entre la profesión y el hogar: son mujeres que pasan la vida corriendo con la sensación de no hacer bien las cosas, convencidas de que su madre las hacía mejor. Evidentemente, su madre se ocupaba del marido, la casa y los hijos porque no tenía otras responsabilidades. También están las mujeres que creen que no cumplen bien en la profesión porque el colega masculino se desempeña mejor. Independientemente de que el colega masculino lo haga mejor o peor, lo que subyace es un sentimiento por parte de la mujer de que el hombre es superior. A su vez, si esta mujer no acude un día de trabajo porque el niño está enfermo, ese sentimiento de culpabilidad se acentúa. Ella no tiene en cuenta que, además de ser eficaz en el trabajo como si fuera un hombre y atender a los hijos, su inconsciente, y el inconsciente social, les exigen estar atractivas. Todo eso produce un conflicto. La mujer que trabaja fuera del hogar tiene que elaborar su sentimiento de culpa por no estar el tiempo suficiente con los hijos. La mujer encerrada en el hogar suele ser una madre impaciente, agotada y nerviosa. Es preferible una madre que solo ve dos horas al día a sus hijos con amor. Langer planteaba que mientras que las mujeres de clase baja muestran como conflicto la supervivencia misma, una mujer de clase media puede acudir exasperada al psicoanalista diciendo que no tiene orgasmo o que su orgasmo es clitoridiano, una preocupación que, actualmente, parece pasada de moda. Sin embargo, una mujer de clase baja no suele hablar del placer sexual. Por un lado, las mujeres de clase baja son más pudorosas que las de clase media, y, por otro, son mujeres para las que el placer no cuenta, ni lo piden y, por supuesto, tampoco lo exigen: eso es una cosa de los hombres, que lo toman como algo propio.

Recordamos estos conceptos vertidos por una pionera en el abordaje de las problemáticas de la mujer desde el psicoanálisis para ayudarnos a interpretar el material encontrado en torno del tema en un grupo de mujeres víctimas de violencia familiar.

En una de las sesiones de grupo de un albergue estatal para víctimas de violencia, se propuso al grupo una técnica donde debían construir conjuntamente una historia a partir de algunos materiales gráficos heterogéneos (recortes de revistas). La historia que construyeron era la de una joven y bella mujer que estaba en su hermoso jardín reflexionando, porque debía elegir entre varios hombres que la amaban. Ella debía hallar el indicado.

Esta es, sin dudas, una versión del cuento de hadas planteado por el amor romántico. En esta situación ellas no hablaban de sus graves problemas económicos, ni de los traumatismos padecidos, sino que se sitúan en una posición absolutamente solidaria a los mandatos del género. Cada una de ellas queda representada por la Penélope de la que hablaba Marie Langer. Cabe aclarar que el grupo era heterogéneo, compuesto por dos mujeres que vivían en situación de extrema pobreza (“okupas”), dos vivían en barrios periféricos y trabajaban como mucamas en sanatorios, una enfermera, una modista, una empleada doméstica, una administrativa, y una licenciada en letras que trabajaba como profesora de nivel secundario. La franja etaria a la que pertenecían era de 30 a 50 años.

No obstante y pese a la heterogeneidad del grupo de mujeres, vemos que el mito del amor romántico subsiste en todas ellas. Y convocadas a una producción grupal, responden desde allí, mostrándonos este ordenador de género que las constituye, atravesando las singularidades. Estas mujeres que pasaron por vínculos de familia y de pareja, traumáticos, violentos, desubjetivantes, sin embargo siguen sosteniendo que necesitan un hombre que las complete. Una de ellas nos decía en una entrevista que no podía entender por qué con su marido, que la golpeaba y la violentaba de todas formas, ella se sentía protegida. Debemos interpretar esta protección a la que refiere, desde la dificultad de construir la autonomía femenina.

Según Lagarde (2003), el miedo a la soledad es un gran impedimento en la construcción de la autonomía femenina, ya que desde pequeñas se les promueve a las mujeres un sentimiento de orfandad, sustentado en una concepción de que la soledad es algo negativo y que el sosiego de la mujer depende de la presencia del hombre.

Dice la autora que las mujeres son educadas en la fantasía de que alguien, un hombre, quitará el sentimiento de desolación, de pérdida y así se va creando la necesidad de contacto personal permanente, que es una necesidad de apego.

### **Estrategias de armado del amor líquido**

Ahora bien, una vez amparados los varones en el enunciado “sin compromiso” y acordado el mismo con las mujeres, una vez formateada la estrategia, entonces sí, todos, hombres y mujeres, quedamos uniformados para militar en la modernidad líquida. Estamos así en condiciones de practicar el amor líquido.

Si esta estrategia no se construye, y el amor romántico sigue dominando la escena, el desencuentro se produce estrepitosamente porque no se puede instalar un código compartido ya que las mujeres parecen hablar desde una época pasada. Pero cabe señalar que en muchas oportunidades los hombres se dirigen a una representación de las mujeres que dista mucho de lo que ellas son en la actualidad.

Se podría decir que, si antes la gente se enamoraba, luego se relacionaba y ahora se conecta. Con esto se alude también a modificaciones que suponen que antes el amor implicaba intensas consecuencias, luego las relaciones debían revestir la noción de funcionalidad emocional, y en la actualidad la conexión se reduce a las “ganas” de conectarse, de pasarla bien. Por supuesto, el tiempo y el modo en que esto se realice son decisiones unilaterales nunca consensuadas.

Por otra parte, muchas de estas nuevas relaciones que se establecen mediante la *web*, revisten caracteres singulares: por ejemplo, la creación de personajes irreales, la mentira, la fuga instantánea, la desaparición no forzada.

En su obra *El amor líquido*, el sociólogo alemán Zygmunt Bauman (2005), partiendo de la noción que ya había tomado en su libro *La modernidad líquida*, donde exponía que esta época refuta la solidez y la durabilidad de las emociones y los sentimientos, analiza los cambios producidos. Afirma que lo sólido resulta insoportable.

Nuestra subjetividad resulta moldeada por las leyes de la economía de mercado que resulta acorde con la liquidez, estado que grafica la velocidad para aparecer y desaparecer, para conectarse sin compromiso, sin ir más allá del aquí y ahora, de la circunstancia y la coyuntura.

Las personas igualadas a cualquier objeto de consumo, se juegan en el mercado bajo el mandato de “vivir el momento”. Se olvida sin embargo que el momento se puede vivir bien, mal o en forma mediocre. Vivir el momento no asegura estar más cerca de la felicidad.

La vida y el tiempo parecen reducirse al acto, mientras la idea de proceso que funcionaba como base de la subjetividad, solo parece sobrevivir en algunas exponentes de la subjetividad femenina.

Nuestra fragilidad y la vulnerabilidad que caracteriza la subjetividad actual parece ser el fundamento de un modo de aproximación ligero, en el que los compromisos a futuro no molesten.

Un consumidor es insaciable, nunca se compromete, su satisfacción es instantánea, está expuesto siempre a nuevas tentaciones, aunque siempre cree que no ejerce más que un libre ejercicio de voluntad. El consumo es una actividad individual, solitaria, aunque es posible reunirse para consumir.

Estamos frente a la subjetividad de una época que resulta deslumbrante y atemorizadora a la vez, donde la tecnología abre un mundo insospechado hace 20 años, mientras se puede observar cómo la miseria de muchos convive con el poder ilimitado de unos pocos.

Tal vez la fugacidad, el descompromiso, el miedo a la cercanía del otro humano, deba ser leído en relación con las paradojas no solo de la época sino también y fundamentalmente de la historia que le dio origen.

La noción de semejante ha sido severamente afectada por una historia siniestra donde el terrorismo de Estado en Argentina marcó una impronta que promueve el individualismo, la competitividad y la muerte de la solidaridad.

Los intereses de la vida, transcritos a un registro cultural, ponen en el corazón del narcisismo, en el núcleo del ser, representaciones que toman a su cargo la autoconservación bajo los modos culturales que satisfacen no solo las necesidades vitales sino los modos mismos de supervivencia simbólica de lo humano.

Reducir el narcisismo a lo anobjetal, a lo autoerótico, o a un egoísmo autoconservativo por definición, es perder de vista que en él está el origen del amor y el odio, de la relación primera con el semejante y su identificación con el otro como parte de la especie humana. Solo la identificación con los motivos materiales del semejante deviene en razones morales de la solidaridad.

## **El psicoanálisis en los tiempos del amor líquido**

En relación con lo que estamos encontrando en la cultura, el psicoanálisis también debe revisar sus paradigmas, para poder operar, y la cuestión central debe ser redefinir el complejo de Edipo. Silvia Bleichmar (2006) planteaba que se trata del modo con el cual cada cultura acota la apropiación del cuerpo del niño como lugar del goce del adulto. Entonces, el conflicto edípico queda definido por la forma en que cada cultura realiza esta acotación. Por eso es que el tema de “las lolitas”<sup>6</sup> en nuestra cultura no es un tema menor, porque lo que está planteando es la transgresión intergeneracional. Se plantea una forma de la cultura donde el otro no existe subjetivamente. Así, la perversión aparece en forma general como el empleo instrumental del cuerpo del otro. Esta situación no implica necesariamente modalidades eróticas trasgresoras; puede darse esto en una pareja heterosexual convencional. Lo que importa es la desubjetivación del otro en términos de goce.

## **Mujeres, varones y desencuentros**

En este apartado, nos referiremos a una población de mujeres y varones, generalmente de clase media, que concurre a la consulta dentro de la franja etaria que abarca los 25 y los 45 años.

Podríamos decir que el paisaje cambió abruptamente: hace 20 años las mujeres respetaban con celo y extremo cuidado las estrategias femeninas que la cultura recomendaba, pero eso ya no ocurre así. Por su parte, los varones que antes parecían valer-se de un esquema causa-efecto e “ir a los hechos”, ahora se ahogan en consideraciones cuyo objetivo es defenderse del involucramiento emocional. Mientras las mujeres intentan encuentros, sin demasiadas esperanzas, los hombres no están interesados en el sexo. Utilizan enunciados tales como “No me engancho” y, por lo tanto, lo avisan de antemano: solamente pueden vivir el momento. Por eso al despedirse luego de un encuentro que puede haber sido muy placentero, solo dicen: “Nos vemos”, y tal vez pueden no volver a contactarse nunca con la compañera ocasional.

Quisiera mencionar una representación que alude frecuentemente a las mujeres en el discurso enunciado por los varones. Marta Fernández Boccardo (2008) sostiene al respecto que, actualmente, como en el Medioevo, se sigue nominando a algunas mujeres como brujas, término que tantos estragos causó a las mujeres en la historia de la humanidad. Pero nos preguntamos quiénes son las brujas actuales. Muchos maridos llaman “bruja” a su mujer cuando quieren mostrar algún poder que ella ejerce sobre él, y con esta palabra dicha a modo de chiste promueven la solidaridad de su género. Es decir que cuando la mujer despliega algún modo de poder o de autonomía, es vista como causa de sufrimientos para los hombres, despertando así su odio y su temor.

Volnovich lo plantea en el libro *Ir de putas* (2006), donde se refiere a las figuras femeninas en el psicoanálisis entre varones, aludiendo al discurso acerca de la mujer

---

<sup>6</sup> Niñas púberes que circulan vestidas como mujeres sensuales.

“castradora”, que es quien recibe todos los reclamos y los reproches por lo que los hombres no son.

También podríamos pensar que existe un registro diferente del tiempo en cada uno de los géneros. Mientras las mujeres sostienen un pensamiento en forma de proceso, en el cual el momento actual es pensado en relación con un pasado y proyectándose en un futuro probable, los varones registran el momento actual despojado de toda referencia, es decir, el tiempo se inscribe como acto.

Los usos del lenguaje nos muestran la vigencia que ciertos enunciados cobran, mientras otros parecen perimidos. Es así que ya no se habla de relaciones sino de “conexiones”.

En la *web* se encuentra la referencia a las personas con las que se habla, con la palabra contactos. El otro queda inscripto como un “contacto”.

Mientras tanto el discurso masculino sigue encarnando algunas representaciones sobre las mujeres que reproducen el orden culturalmente establecido, fomentando en muchos casos las violencias de género, y marcando un alto nivel de conflicto en los encuentros amorosos con ellas.

En los consultorios se escucha a diario la muerte de alguna pequeña esperanza de amor. Esta ilusión muere, debido al miedo, a la apatía y a la fobia, y a la enorme dificultad de creer en proyectos compartidos. Del significante “compañera-o” que caracterizara la utopía de los años 70, al “*touch and go*” de 2008, hay mucha distancia. Distancia hecha de una historia rota, de desapariciones, de muertes, de tortura, de miedos y de la abolición de todo intento de esperaza por cambiar un mundo injusto. Podríamos pensar que la independencia, que a lo largo de la historia han tenido los varones en un contexto de dominación masculina, les permitió amar de modo “líquido” durante mucho tiempo y en muchos relatos. Para las mujeres no es lo mismo, ellas han construido más recientemente su independencia y su autonomía. Están rompiendo desde allí sus propios mitos y se posicionan de modo diverso frente a los hombres y al amor. Este es el paisaje para el amor en los tiempos de la modernidad líquida.

Bauman parece leer denostativamente estas nuevas configuraciones amorosas; sin embargo, tal vez solo debamos interpretarlas en concordancia con la producción de subjetividad de nuestra época. No son peores ni mejores que los existentes en el pasado ¿O es que acaso podríamos sostener que la doble moral instalada por el patriarcado para sostener la institución matrimonial era mejor que las llamadas “relaciones sin compromiso” que caracterizan nuestra época?

## **Subjetividades líquidas y desestructuración simbólica**

La subjetividad en estos tiempos que podríamos denominar del capitalismo total, del neoliberalismo más cruento, de la tiranía del mercado, de la modernidad líquida, si siguiéramos a Bauman, se torna una problemática fundamental a ser abordada. Se encuentran en la clínica rasgos singulares tanto en el modo en que nuestros pacientes

se posicionan frente a la vida, a la constitución de sus vínculos y fundamentalmente en la inscripción del semejante en la vida psíquica. El eje que sería necesario abordar, para pensar estos rasgos, podría pensarse como la desestructuración simbólica propia del período posmoderno.

Entonces, ¿cómo se transmite y se adquiere la función simbólica? Esencialmente por medio del discurso que lleva consigo todo un universo imaginario. En todas las épocas, la transmisión de relatos fue un medio utilizado por la generación de los padres para formar a la generación siguiente. Transmitir un relato es transmitir contenidos, creencias, nombre propios, genealogías, ritos, obligaciones, saberes, relaciones sociales, pero es también y sobre todo transmitir el don de la palabra. Es hacer que pase la aptitud humana del habla de una generación a otra, de tal manera que el destinatario del relato pueda, a su vez, identificarse como sujeto y partiendo de ese punto, situar a los demás alrededor de sí, antes de sí y después de sí. Es indispensable instituir al sujeto hablante, pero si esta antropoinstitución no se da, la función simbólica sencillamente no se transmite.

La violencia corta, impide, no permite la institución del sujeto hablante y aun cuando el mismo haya sido instituido, el impacto traumático de la violencia rompe la cadena, la trama, la red simbólica que sostiene al sujeto como tal.

Simplificando las cosas, diríamos que al cabo de cierto tiempo de interacción con los padres, en el cual el rol de la verbalización es esencial (puesto que el niño/a aparece mencionado en el discurso del otro desde antes de su nacimiento), la cría humana adquiere, respondiendo a esta interpelación, un conjunto de referencias simbólicas. Este proceso señala la instalación del sujeto hablante en la escena enunciativa a partir de la cual el mundo exterior se hace representable en el discurso.

En su obra *Fábricas de infelicidad*, Franco Berardi (2003) se pregunta si existen formas de sustraerse a la aceleración de esta época, a esa complejidad extrema y su respuesta es negativa, porque sostiene que en las sociedades humanas no se puede eliminar para siempre potencialidades, aunque estas se muestren dañinas para el individuo. El autor mencionado afirma que solo podrían sustraerse al torbellino algunas pequeñas comunidades que funcionaran autónomamente, pero quedando al margen de la economía del mundo.

Ahora bien, sostenemos que las violencias propias de nuestra época (incluyendo en ellas no solo el impacto que produce todo hecho traumático sino también los traumatismos producidos por situaciones del llamado desamparo inicial y de vulnerabilidad) provocan efectos de desubjetivación.

Recordemos que el “Yo” no puede constituirse si no es en relación con su entorno, y, entonces, he aquí el dilema, porque hoy el entorno se halla plagado de referentes perversos que trasgreden cotidianamente la normas de la cultura de pertenencia.

La relación acción-consecuencia estalla en momentos de deconstrucción histórica, así se fracturan todas las legalidades instituidas y se instala un modo perverso consistente en la ausencia de una legalidad. Se produce, por ende, lo que llamamos modos de destitución de la subjetividad que adquieren fisonomías singulares.

En ese contexto se encuentran las víctimas de violencia: la llamada violencia familiar, y en forma general el maltrato infantil, precisando allí como un delito que reviste singularidad el abuso sexual en la infancia. Estas situaciones han sufrido un incremento preocupante debido a la cantidad de víctimas que cobran a diario.

Estas son las realidades que en sí misma son productoras de patología en la subjetividad de nuestro tiempo.

En la actualidad hay un incremento importante de modos compulsivos o modos brutales de relación. Podríamos pensarlos como *patologías de pérdida de enlace al otro*, y esto incrementa todas las formas de sadismo, de agresividad e incrementa la paranoia en la medida en que se está viviendo en una sociedad donde no se puede plantear el imperativo categórico como universal. Si la moral aparece para el sujeto solamente como un problema de circunstancia, faltan los motivos para creer en el otro.

Las patologías que vemos en la actualidad están muy relacionadas con la ausencia de garantías intersubjetivas y no solamente autoconservativas. Los cambios en las patologías dan cuenta de los modelos en los cuales la sociedad captura o no captura el malestar, lo que es innegociable es la disposición o la motivación libidinal de la patología mental.

Muchos de los padecimientos subjetivos exigen ser pensados en relación con la condición a la cual se ven arrojados grandes sectores de la población, debido a la miseria, a la violencia y a la devastación subjetiva que les provoca la inmediatez de su supervivencia. Esta situación reafirma que no existen posibilidades de pensar los padecimientos subjetivos fuera del contexto, del imaginario social de la época y de la historia en la que los mismos se producen. Allí la singularidad marcará su impronta en el modo en que cada sujeto inscribirá la historia que lo atraviesa.

La subjetividad implica modos históricos de constitución, y nuestra preocupación como psicoanalistas es saber cuáles son los paradigmas que se siguen sosteniendo, además de estas formas circunstanciales de la subjetividad. La obra freudiana estuvo impregnada de la subjetividad de su época, lo mismo ocurre con la obra de Lacan, que corresponde a una época en la cual la familia patriarcal de occidente estaba todavía en auge. Fundamentalmente la homologación entre ley y padre no solo es ideológicamente infeliz sino teóricamente insostenible ya que la necesaria función de la pautación que regula el goce, no puede quedar sometida a la forma histórica, discutible, por otra parte, con la que fue acuñada en su época, sino liberada a su universalidad, constitutiva de la instancia moral.

Si bien hoy los niños tienen información acerca de la sexualidad que antes no tenían, lo que sí se mantiene es la exclusión de los niños respecto del intercambio de placer de los adultos, y esta exclusión, más allá de las formas históricas que tome, está relacionada con una asimetría de poder y saber del adulto sobre la sexualidad respecto del niño.

Indudablemente las transformaciones sociales, políticas y económicas de nuestros tiempos han provocado cambios, tanto en la subjetividad femenina como en la subjetividad masculina, afectando los lazos que se establecen entre mujeres y varones. Las mujeres son vistas como extrañas, que salieron al mundo y “ya no son las de antes”. Los hombres las miran con inusitada extrañeza mientras piensan “¿Y ahora qué?” Se asustan, las critican, las odian y las rechazan aunque solo las eviten en un juego histórico que oculta las fobias más profundas. *Las mujeres son en estos días a los hombres lo que la oscuridad es a los niños cuando se trata de fobias.*

Ellas, por su parte, se desconciertan, se preguntan, se analizan, se culpan y terminan hartándose. Entonces, se refugian en estereotipos tales como: “No hay hombres” o “Son todos iguales”.

En un gran porcentaje de la población que concurre a los consultorios privados se plantea la dificultad de encontrar pareja, y la soledad aparece como problemática subjetiva de importancia, pero también encontramos otros posicionamientos tales como el que muestra el siguiente ejemplo.

Una joven mujer de 31 años enuncia: “No sé cómo hay tantas mujeres tontas que creen que la vida pasa por encontrar a un hombre y en esa búsqueda enloquecida y frenética se les va la vida, la alegría, la energía... entonces, si todo pasa por un hombre, es que tienen vidas vacías”.

Mientras tanto otra joven profesional, con una carrera lograda, sostiene que no tolera su tiempo libre desde que se separó de su novio, se siente vacía y sus ataques de ansiedad comprometen incluso su trabajo profesional. Ella siente que ha perdido la posibilidad de formar una familia, y de tener un hijo. Es absolutamente llamativo cómo alguien que desarrolla tareas profesionales complejas y de gran responsabilidad, luego se posiciona en torno de la relación con un hombre como una niña desorientada, ansiosa y desahuciada. Es decir que no se trata de un paradigma patriarcal monolítico y sin fisuras.

En este escenario heterogéneo que la actualidad nos propone, encontramos algunos rasgos que se repiten y que requieren nuestra interpretación. Una interpretación que no suture con valoraciones, sino que abra a nuevas significaciones.

Deberíamos seguir revisando los modelos y estereotipos que se transmiten en cada uno de los géneros alimentando desde tiempos muy tempranos a niños y niñas. Modelos y estereotipos que, impregnados del paradigma de la época, dan cuerpo a las singularidades de los hombres y mujeres de nuestro tiempo.

Para concluir, diremos que en las subjetividades actuales nos encontramos con una compleja problemática en torno del enlace con el semejante. Esta es una categoría que se encuentra culturalmente afectada, cobrando particularidades en relación con los vínculos amorosos.

Sería importante incluir esta problemática dentro de los análisis de las violencias de género. Nos encontramos confrontados con el efecto en el psiquismo que las transformaciones de fines del siglo XX y XXI han provocado. A su vez, la interacción entre los géneros adquiere rasgos singulares. Así prosperan los amores líquidos porque los amores sólidos causan terror.

Tal como Juan Carlos Volnovich (2006) sostiene en su libro *Ir de putas*, el feminismo y el psicoanálisis, juntos, han contribuido a la visualización de ciertos fenómenos, tales como injusticias, discriminaciones y desigualdades de todo tipo entre hombres y mujeres, que el patriarcado, como sistema de dominación, mantenía ocultos. Por lo tanto, será desde ambos campos de aportes desde donde debemos trabajar para seguir interrogando los vínculos amorosos que se establecen y las características singulares que la época imprime en los mismos.

## **Bibliografía**

Bauman, Zigmunt (2005), *Amor líquido*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Berardi, Franco (2003), *Las fábricas de la infelicidad*, Madrid, Traficantes de sueños.

Bleichmar, Silvia (2006), *La subjetividad en riesgo*, Buenos Aires, Topía.

Bleichmar, Silvia (2006), *Paradojas de la sexualidad masculina*, Buenos Aires, Paidós.

Burin, Mabel y Meler, Irene (2000), “Varones (Género y subjetividad masculina)”, Buenos Aires, Paidós.

Calvi, Bettina (2008), “Entre brujas y víctimas: la violencia contra las mujeres”, seminario dictado en Ateneo de Estudios Psicoanalíticos de Rosario, mayo de 2008.

Fernández Boccardo, Marta (2008), “La violencia de género y un saber que no se sabe”, ponencia presentada en el IV Congreso Iberoamericano de Estudios de Género 2008, Rosario.

Freud, S. (1905), “Tres ensayos para una teoría sexual”, en *Obras Completas*, Tomo VII, Buenos Aires, Amorrortu Editores.

Freud, S. (1927), “Fetichismo”, en *Obras Completas*, Tomo XXI, Buenos Aires, Amorrortu Editores.

Freud, S. (1910), “Cinco conferencias sobre psicoanálisis”, en *Obras Completas*, Tomo XI, Buenos Aires, Amorrortu Editores, pág. 87.

Freud, S. (1914), “Introducción del narcisismo”, en *Obras Completas*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, pág. 84.

Freud, S. (1910), “Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre. Contribuciones a la psicología del amor I”, en *Obras Completas*, Tomo XI, Buenos Aires, Amorrortu Editores.

Freud, S. (1912), “Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa. Contribuciones a la psicología del amor II”, en *Obras Completas*, Tomo XI, Buenos Aires, Amorrortu Editores.

Freud, S. (1918), “El tabú de la virginidad. Contribuciones a la psicología del amor III”, en *Obras Completas*, Tomo XI, Buenos Aires, Amorrortu Editores.

Lacan, J., Seminario 8, “La transferencia”.

Lagarde, Marcela (1990), *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas presas y locas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Colección de Posgrado.

Langer, Mimí (1984), Entrevista en Revista *Cambio 16*, N° 670, octubre de 1984, pp. 1-8.

Platón, *El banquete*, Buenos Aires, Cuadrata.

Rodolfo, Ricardo (2004), “El psicoanálisis de nuevo”, Buenos Aires, Eudeba.

Volnovich, Juan Carlos (2006), *Ir de putas. Reflexiones acerca de los clientes de la prostitución*, Buenos Aires, Topía.